

MIJAIL MALISHEV

Facetas del mal (aforismos y paradojas)

Es difícil abstraerse de la tentación ahí donde se abren un sinfín de oportunidades sin fronteras.

El tiempo es un prestidigitador que esconde el horror de la nada detrás del encanto de la esperanza.

La barbarie es lo inhumano: demasiado humano.

Una de las causas que complica la vida social consiste en que no queremos simplemente vivir, sino que aspiramos a vivir bien. Este deseo nos lleva al enfrentamiento con los demás, pues también tienen el mismo deseo.

La tolerancia es una indiferencia enmascarada detrás de la cual se esconde a veces el deseo de dar una bofetada.

Se hundió en la profundidad de la vida cotidiana, y cuando salió a la superficie, se convirtió en un neurótico común y corriente.

Hay quienes, sin sospecharlo, causan sufrimientos a los otros. Los bellos provocan a los feos los suplicios del amor no compartido y los talentosos engendran envidia.

No se puede amar a otro si no se le respeta, pero se le puede luego perder el respeto y, no obstante, amarlo, comprendiendo que es una bestia.

Matamos al tiempo y el tiempo, a su vez, nos mata; por lo tanto, la vida es una lucha mortal de dos asesinos desiguales.

En el fundamento de todo radicalismo yace el esteticismo que exige no sólo mejorar el mundo sino erradicar cualesquiera huellas de su imperfección.

En la lucha por una "gran causa" primero mueren los combatientes, luego se eclipsa la grandeza y después se quiebra la causa misma.

Si piensas que eres mejor que los demás, piensas igual que los demás.

En los crepúsculos de la sospecha, el murciélago de la calumnia vuela en busca de su presa.

No es difícil perdonar el error ajeno, pero sí perdonar al testigo de nuestro equívoco.

La segunda víctima del crimen es la justicia.

¿Por qué el diablo no expresó sus revelaciones en un libro sagrado escrito por sus

brujas y hechiceros? Quizás porque, a diferencia del bien, el mal es tan multifacético y cambiante que es imposible expresarlo en forma sistemática en una biblia de la maldad.

Si no hubiera desprecio, el odio habría hecho más estragos en el mundo.

El camino al infierno está empedrado no sólo de buenos propósitos, sino también de cajetillas vacías de cigarros y botellas de licor consumido.

A los que se creen en el poder les resulta propio confundir el privilegio con la dignidad.

En el transcurso de su historia, el hombre ha cometido tantas fechorías que debería sentir vergüenza de formar parte de la humanidad; sin embargo, no la siente, ¿quizás porque piensa que en su existencia futura será capaz de mejorar su esencia?

Vivir significa estar envenenado por la conciencia de la propia importancia.

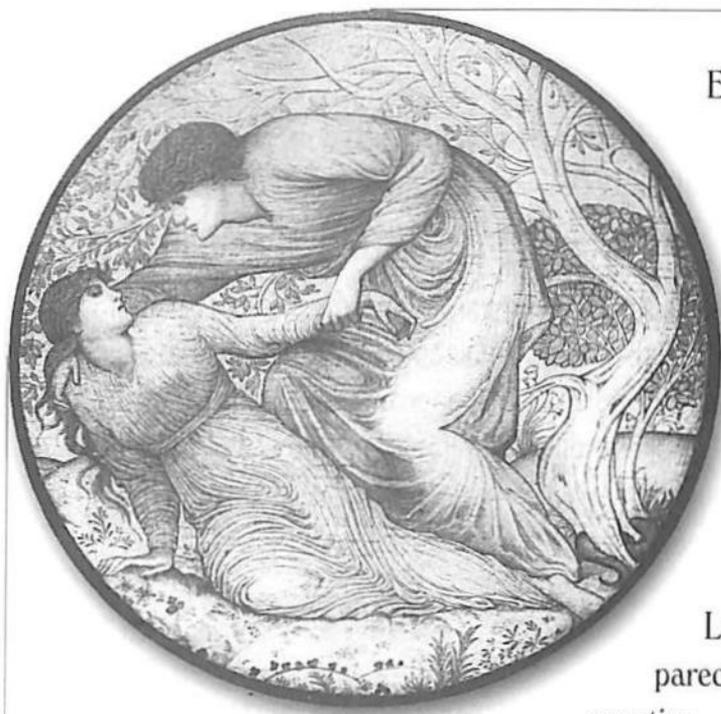
Desde la invención del espejo, cada uno tiene la tentación de verificar el mito de Narciso.

Detestamos más a nuestro enemigo cuando se nos ocurre que podría tener razón.

¿Hay algo peor que el mal? Quizás la espera del mal.



Burne Jones. *Orpheus: The garden poisoned. Eurydice has been bitten by a snake.*



Existen hombres que pueden ser llamados inhumanos por su crueldad, sadismo o barbarie. Sin embargo, nos igualaríamos a ellos si les negáramos su pertenencia a la especie humana, a pesar de que ellos nieguen a sus adversarios y víctimas la pertenencia a la humanidad.

La verdad proferida por un cínico parece más siniestra que cualquier mentira.

El hombre es un ser poco racional. La humanidad es peor aún. Y lo más lamentable es que el destino del hombre está en manos de la humanidad.

Al hombre le bastaría mirar dentro de sí: dependiendo de qué encuentre en su interior, experimentará compasión o desprecio por sus próximos.

El hombre está destinado al mal porque casi siempre aspira a poseer más de lo disponible, más de lo que es capaz de usar y, lo que es peor, más de lo que merece.

El futuro radiante puede ser objeto de sueños románticos y fuente de ideales del supremo bien y de la justicia; también puede convertirse en un ídolo insaciable sobre cuyo altar la humanidad ofrenda innumerables víctimas.

La misión de la Filosofía es opuesta a la de la Medicina: no se propone curar ni dar recetas; peor que eso, pone sal en las llagas.

El nihilista es un filósofo de la nada templado por la desesperación.

Si la humanidad tiene todavía alguna posibilidad de mitigar el mal es porque muchos se inclinan del lado del inocente y se solidarizan con las víctimas.

Entre el autor intelectual de un crimen y su ejecutor existe una división del trabajo cuyo fin es que cada uno eluda su respectiva culpa. El inspirador suele acallar su conciencia por no ser ejecutor y éste justifica su delito con no ser el inspirador. El primero considera que no es culpable porque tiene las manos limpias, y el segundo desea persuadirse de que tiene la conciencia tranquila. Cada uno está dispuesto a atribuir su propia responsabilidad al cómplice para atenuar su culpa en el crimen cometido.

La contemplación de algunos actos indebidos nos provoca a veces cierta satisfacción; sobre todo cuando hemos sentido la tentación de hacer lo mismo de lo que, empero, nos hemos abstenido por diversas circunstancias. Disfrutamos de no sentirnos culpables de fechorías que afectan a otros. Pero esta tranquilidad es un mérito de la suerte y no una consecuencia de la virtud. Si hubiéramos tenido la garantía de no ser acusados por un acto indebido, no nos habríamos mantenido alejados de él.

El mal tiene muchas facetas y no siempre es fácil reconocerlo. El bien no puede encubrir al mal sin traicionarse a sí mismo. Lo menos que el bien puede hacer en su lucha contra el mal es ponerse la ropa humilde del deber.

Aquel que actúa movido por venganza es cruel, pero su crueldad no es nada comparada con el fervor del empleado que ejecuta ciegamente una orden dictada por autoridad superior. La crueldad de la venganza se alimenta de la ira impotente de la ofensa padecida, en tanto que el ejecutor esgrime una coartada ante el posible castigo. Le parece que cumplir una orden se encuentra más allá del bien y el mal.

¿Qué desgracia es comparable con el sufrimiento de quien ha perdido poder, autoridad o riqueza? La amarga desesperación, la sensación de verse degradado, el

vacío existencial... La fama, el poder y la riqueza parecieron convertirlo en superhombre. Pero descendido al nivel de hombre, el superhombre se percibe como infrahombre.

Lema de un perverso: "busco mi felicidad con el mayor daño posible para los demás".

Si aprendiéramos a convertir el odio en desdén, es probable que fuéramos más tolerantes, pero disminuiría nuestra decisión de luchar contra el mal.

El misántropo está libre de toda parcialidad: odia a todos a diestra y siniestra.

Ser el peor de todos no excluye la competencia: hay muchos que quisieran ocupar ese lugar.

La tentación es la prueba de que el diablo somete la fuerza moral de los diez mandamientos.

El diablo tiene numerosas huestes que no son de mercenarios sino de voluntarios; quien hace del mal un placer no necesita pagarle a sus adeptos.

Cuando empezamos a pensar que todo nos está permitido, ya no podemos distinguir entre lo posible y lo imposible. Esto nos lleva al borde del fracaso.

Cuando uno lucha consigo mismo no hay que apresurarse a repicar las campanas: podemos salir derrotados.

La vida es tan corta que debemos evitar las tonterías que la acorten todavía más.

A cada instante nos encontramos en el "ahora"; pero nuestra memoria e imaginación lo hacen poco habitable. LC